DÍA 3

UNA VISIÓN PARA LA COMUNIÓN

secreta y sin prisas

Vivir así por la palabra de Dios significa la entrega a Él de toda la vida. Se sentirá un sentido continuo de necesidad y dependencia, un impulso del corazón hacia Dios.

La oración es una necesidad; porque es la vida del alma. La oración en familia, la oración pública, tienen su lugar; pero es la comunión secreta con Dios la que sostiene la vida del alma.

Fue en el monte con Dios que Moisés contempló el modelo de aquel edificio maravilloso que había de ser la morada de Su gloria. Es en el monte con Dios —en el lugar secreto de la comunión— donde hemos de contemplar Su glorioso ideal para la humanidad. Así seremos capacitados para moldear nuestro edificio de carácter de tal manera que se cumpla en nosotros Su promesa: «Habitaré en ellos, y andaré entre ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (2 Corintios 6:16).

Fue en horas de oración solitaria que Jesús, en Su vida terrenal, recibió sabiduría y poder. Que los jóvenes sigan Su ejemplo al encontrar al amanecer y al crepúsculo una temporada tranquila para la comunión con su Padre celestial. Y a lo largo del día, que levanten sus corazones a Dios. En cada paso de nuestro camino Él dice: «Yo Jehová tu Dios sustentaré tu diestra, . . . no temas; yo te ayudaré» (Isaías 41:13). ¡Si nuestros hijos pudieran aprender estas lecciones en la mañana de sus años, qué frescura y poder, qué gozo y dulzura se traerían a sus vidas!

El cielo no está cerrado a las oraciones fervientes de los justos. Elías era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y sin embargo el Señor lo escuchó y de manera muy sorprendente respondió a sus peticiones. La única razón de nuestra falta de poder con Dios se encuentra en nosotros mismos. Si la vida interior de muchos que profesan la verdad fuera presentada ante ellos, no pretenderían ser cristianos. No están creciendo en gracia. Se ofrece una oración apresurada de vez en cuando, pero no hay una comunión real con Dios.

Llamad. Nos acercamos a Dios por invitación especial, y Él espera recibirnos en Su cámara de audiencia. Los primeros discípulos que siguieron a Jesús no se contentaron con una conversación apresurada con Él por el camino; dijeron: «Rabí, . . . ¿dónde moras? . . . Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con Él aquel día» (Juan 1:38, 39).

Así podemos ser admitidos a la más estrecha intimidad y comunión con Dios. «El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente» (Salmos 91:1). Que aquellos que desean la bendición de Dios llamen y esperen a la puerta de la misericordia con firme seguridad, diciendo: Porque Tú, oh Señor, has dicho: «A cualquiera que pide, se le da; y al que busca, halla; y al que llama, se le abrirá».

Educación 258-9, 5 Testimonios 161, El Discurso Maestro de Jesucristo131